EL PLAN DE IGUALA

SUS ORIGENES

Y SU IMPORTANCIA

CONFERENCIA SUSTENTADA
POR EL LIC. DON

ANTONIO RAMOS PEDRUEZA

En el Anfiteatro de la Escuela N. Preparatoria la noche
del 13 de agosto de 1921.



MEXICO
Eusebio Gómez de la Puente, Editor,
Apartado Postal, núm. 59. bis

1921

EL PLAN DE IGUALA

SUS ORIGENES

Y SU IMPORTANCIA

CONFERENCIA SUSTENTADA
POR EL LIC. DON

ANTONIO RAMOS PEDRUEZA

En el Anfiteatro de la Escuela N. Preparatoria la noche del 13 de agosto de 1921.

MEXICO
Eusebio Gómez de la Puente, Editor,
Apartado Postal, núm. 59, bis

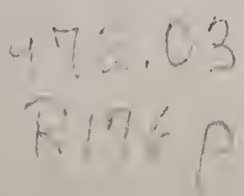
1921

Señor Presidente,

Excelentísimos Señores,

Señoras y Señores:

La Escuela Nacional Preparatoria inaugura hoy esta serie de conferencias bajo el noble patrocinio de la Universidad y bajo la Presidencia del Primer Magistrado de la República, pensando seguramente que no hay disciplina para la educación mejor que el estudio de la Historia; el historiador al estudiar y reproducir las edades, los hombres, las cosas y los hechos del pasado, haciéndoles surgir de sus sepulcros, es un poeta; al explicar los fenómenos sociales es un pensador y al juzgar a los hombres y pronunciar sentencia es un juez. Esta última misión es la que seguramente este plantel que fué creado en la época de la restauración más grande la República, al triunfo de ella, considera de la más grande importancia puesto que nuestra Historia necesita ser rectificada en algunas de sus épocas porque hay muchas de ellas que han sido deformadas por las pasiones políticas, mutiladas por los intereses



bastardos y obscurecidas por la ignorancia. Y si algún escritor ha dicho con elegante ironía que la Historia en ciertos casos es una conspiración contra la verdad, seguramente que el período que estamos recordando, el año de 1821 se debe aplicar esta frase, que nos obliga a estudiar aquellos acontecimientos para reparar la memoria de ciertos héroes. Esta es la tarea que ha iniciado la Escuela Preparatoria y en la que me toca la misión de pronunciar la primera conferencia, misión que no merezco seguramente, y que me honra en demasía.

Permitidme, señores, que os venga a hablar esta noche no en discurso atildado y elocuente sino en sencilla plática, del memorable Plan de Iguala, de sus orígenes y de su importancia; el estudio de este período histórico ha sido bien descuidado entre nosotros pero hoy no podemos celebrar en silencio el aniversario de la consumación de nuestra independencia, negando la importancia que tuvo el movimiento de Iguala; el asunto es tentador y presenta un interés algo más grande que el de estar hablando continuamente del descenso de los pegasos.

El 22 de marzo de 1821 el pequeño pueblo de Iguala, presentaba una animación extraordinaria; en su humilde plaza se formaba el regimiento de Celaya, el de Fieles del Potosí y las compañías de Dragones de la Reina, tropas veteranas todas; y en el centro de la plaza sobre una mesa se alzaba un Crucifijo y se abrían los Evangelios; la tropa miraba en silencio aquellos preparativos; el Jefe del Departamento del Sur rodeado de sus ayudantes apareció en la plaza, y después de apearse del brioso corcel, puesta la mano sobre el puño de su españa, juró sobre los

Evangelios defender el Plan que se acababa de promulgar, y cuya lectura la tropa había escuchado en silencio; después del juramento del coronel Iturbide juraron el plan los jefes y oficiales; junto a la mesa el arrogante teniente coronel de Fieles del Potosí, don Francisco Manuel Hidalgo, tremolaba una bandera que la tropa miraba con interés y curiosidad. No era la bandera roja y gualda que les guiaba siempre en los combates, era una bandera distinta, una bandera nueva, era una bandera que nadie conocía, era la bandera de México que nacía a la vida independiente, era la bandera que siete meses después, tremolaba por las calles de la Capital, en medio de un entusiasmo extraordinario, cuando el ejército trigarante desfiló después de haber realizado la victoria cerrando para siempre el período colonial y abriendo el del México independiente, el día en que Iturbide pudo decir a todos los mexicanos: «Ya sabéis la manera de ser libres ahora os toca aprender la manera de ser felices.»

¿Cómo es que en siete meses, casi sin derramamiento de sangre, con sólo cinco o seis acciones militares: el sitio de Durango, el sitio de Córdova, el asedio de Puebla y algunos otros más, se alcanzó el ideal por largos años soñado? El estudio del Plan de Iguala y de sus orígenes, del pensamiento capital de Iturbide, y sobre todo, del ambiente que reinaba en todos los espíritus, circunstancias todas aprovechadas con habilidad extraordinaria por el Libertador explican claramente el fenómeno histórico y a ello tenderá está conferencia, que no tiene más fin, que presentar la verdad sobre una época tan desconocida y tan alterada por la envidia y las pasiones polí-

ticas, despertadas por el éxito sin precedente de Iturbide.

La empresa acometida por éste al proclamar el plan de Iguala, no era ni fácil ni segura. La calumnia ha comenzado por desfigurar los riesgos que presentaba para amenguar la gloria de Iturbide; jamás en las escuelas se nos ha enseñado la verdad; se ha presentado a Iturbide con elementos poderosos al frente de un gran ejército, desconociendo al Virrey y realizando un simple paseo militar hasta la Capital de la República; nada más falso, ni más injusto.

Iturbide, al proclamar en Iguala la Independencia de México, tan sólo contaba con 2,400 hombres, formados del regimiento de Celaya que había mandado varios años; los fieles del Potosí y los Dragones de la Reina, sin ninguna artillería y con escasas municiones; al rebelarse ni siquiera tenía seguridad de la constancia y fidelidad de aquella pequeña división; los hechos le hicieron comprender que fuera del regimiento de Celaya no podía contar con nadie; antes de quince días las deserciones habían comenzado y la llegada al Puerto de Acapulco de dos fragatas españolas le cerraba el puerto a todo auxilio cortándole la retirada; durante cerca de un mes Iturbide parecía perdido y destinado a sucumbir en unión del heroico Guerrero, ante el formidable ejército de 84,000 hombres que permanecían fieles al gobierno virreynal.

¿Qué salvó a Iturbide de tan triste fin? Tan sólo su admirable talento militar. Comprendiendo que de permanecer en las montañas del Sur le esperaba una muerte heroica, pero estéril para la Indepen

dencia que no se realizaría en mucho tiempo, resolvió abrirse paso hasta el centro de la República y atravesando Guerrero y Michoacán salió por Acámbaro al Bajío a donde pretendió conquistar otros ocho jefes militares en la imposibilidad de batirlos con escasos mil quinientos hombres que era todo o que en realidad tenía bajo su mando.

Si durante las semanas que estuvo Iturbide en el Sur, el brigadier Llano que estaba en Cuernavaca con una división fuerte de 5,000 hombres, avanza a tacar a Iturbide, la empresa de éste quedaba desbaratada y la República no celebraría hoy el centenario del Plan de Iguala como la causa determinante e inmediata de la consumación de la Independen-ia, Iturbide hubiera sido fusilado o hubiera huído el país. Nada de esto se nos ha enseñado, y en ambio, se nos presenta a Iturbide como el instrumento de un plan tramado en la Profesa para impedir el restablecimiento de la Constitución liberal de 812; esta es otra falsedad histórica que la crítica ace pedazos con suma facilidad.

Los acontecimientos verificados en España y que bligaron al rey Fernando VII a restaurar la Constitución, repercutieron en Nueva España con un vior increíble; la población de Veracruz a la llegada e las noticias, obligó al Gobernador a jurar la Constitución, y pocos días después, el 31 de mayo de ese ño de 1820, el virrey se veía obligado con la Audienia y el clero a jurar también la Carta de Cádiz, bajo presión irresistible de una opinión pública avasaadora. Las juntas de la Profesa fueron antes de que e jurara la Constitución, pues todo hace creer

que el objeto de ellas era impedir que aquélla se res taurara en Nueva España.

El plan de Iguala fué proclamado ocho meses des pués de haberse jurado y restablecido la Constitu ción en toda la extensión de Nueva España, es pue ilógico y absurdo suponer que tal había sido el ob jeto del plan; el fin de éste fué exclusivamente l Independencia del país, y fué una inspiración per sonal de don Agustín de Iturbide. La comprobació de que este caudillo concibió el Plan de Iguala y qu éste no fué obra de inspiración ajena, nos la sumi nistra la correspondencia entre el libertador y su principales amigos; esta correspondencia, publicad por uno de sus mayores enemigos, por don Carlo María de Bustamante, da a conocer a personalida des importantes del clero, de la administración del ejército las ideas de Iturbide condensadas en e Plan; tan sólo las cartas del general Negrete alude a conversaciones anteriores, pero en todas las de más, Iturbide da a conocer ideas y proyectos pro pios que no eran conocidos de sus íntimos.

La aceptación rápida y entusiasta del Plan d Iguala es explicable sin necesidad de suponerlo pro ducto de alguna clase social, basta sólo darse cuent del estado de los espíritus durante el curso del añ de 1820. La revolución de Independencia había sid vencida en los campos de batalla; el ejército, habí sido elevado entre tropas veteranas, patriotas, rea listas y urbanos a la suma de 84,000 hombres; est ejército formidable había luchado hasta destruir to dos los núcleos armados; tan sólo el invicto, el heroi co general Guerrero continuaba indomable en la montañas del Sur, pero su dominio estaba limitad

a un radio muy pequeño y su acción militar no estorbó la pacificación completa de toda la Nueva España. Los principales jefes insurgentes se habían indultado y vivían retirados a la vida privada, cansados de una lucha en que no habían logrado la victoria. Nicolás Bravo, Mier y Terán, Rayón y tantos otros, habían depuesto las armas y vivían retirados por completo de la lucha.

Mas si ésta había terminado en los campos, no así en los espíritus, pues la agitación sorda y continua hacía presumir grandes borrascas. Los hombres que podían tener ideas políticas se dividían en tres grandes grupos, primero los que deseaban la implantación de una monarquía nacional bajo una constitución elaborada especialmente para México, éstos querían forzosamente la Independencia; segundo, los que deseaban el restablecimiento de la Constitución de Cádiz lisa y llanamente; éstos también deseaban la Independencia para poner el país a salvo de las veleidades del monarca español, el fanático y torpe Fernando VII, y por último, los refractarios a toda idea nueva, que sólo querían el absolutismo monárquico y temían que unido México a España, corriese la suerte que ésta bajo la influencia que juzgaban nefasta del liberalismo francés y de las logias masónicas; éstos también consideraban la Independencia como posible aunque peligroso remedio. Todos se inclinaban a la Independencia aunque considerando que era la puerta para emprender distintos senderos.

Fué pues el supremo talento de Iturbide darse cuenta de la situación de la opinión en la colonia y comprender que no tardaría la lucha en volver

tras el período de tres años de calma que habían transcurrido, pero esa lucha sería profundamente anárquica, por la división de los ánimos y de los intereses, por la diversidad de las opiniones y la desorientación de los espíritus. Conjurar esa anarquía inminente haciendo converger a todos hacia un objeto supremo, la Independencia de la patria común, garantizar a los españoles y mexicanos partidarios del elemento español, que la Independencia no destruiría sus fortunas ni sembraría el odio y la discordia; tranquilizar al clero con la seguridad de que los intereses religiosos no serían atacados, tal fué el pensamiento inteligente y oportuno del Primer Jefe, título que tomó rodeado de su pequeño ejército, si así podía llamarse a los dos mil quinientos hombres con que se lanzó a la empresa.

Siete años de lucha sangrienta, tal vez la más encarnizada de nuestra historia, demostraban, aun a los insurgentes más ardientes, que la Independencia era imposible si el ejército, o por lo menos una gran parte de él no la apoyaba; el heroísmo de los compañeros de Hidalgo es evidente; el genio militar de Morelos es una estela de gloria en nuestro pasado histórico; los Rayón, los Galeana, Matamoros y tantos otros son figuras moldeadas en bronce, ante los cuales debe prosternarse la gratitud nacional; pero la constancia de los Virreyes, los elementos materiales del gobierno, la ayuda de muchas clases sociales, hicieron imposible el triunfo. Arrastrar a todos esos elementos que habían estado en contra del movimiento de Independencia a ponerse del lado de él, demostrar al ejército que su deber estaba (puesto que se componía de mexicanos en su gran mayoría,

más de setenta mil al proclamarse el Plan de Iguala), del lado de la Independencia; aprovechar el momento supremo en que la Independencia era la solución de la crisis política que se desarrollaba en Nueva España, como efecto necesario de los grandes acontecimientos que se sucedían en la madre patria, sentir cuál era ese momento oportuno y pulsar el estado de la opinión para lanzarse a la empresa con audacia, con talento, con resolución, con oportunidad, desarrollando un tacto político admirable y un talento militar de primer orden, tal es la obra gloriosa de Iturbide que nos dió la patria hace una centuria y que nuestro deber es conmemorar hoy con entusiasmo, sin regatear su gloria al autor de tan indiscutible servicio.

La Independencia sólo podía consumarse por los medios que empleó Iturbide; esto dice la historia de diez años de sacrificios y de sangre; haber comprendido esta verdad fué el talento del caudillo de 1821; haberla utilizado con gran habilidad, fué su mérito. Ningún hombre público, por grande que sea, puede transformar a su antojo la opinión pública; la diferencia entre el político hábil y el torpe, consiste en que el primero la utiliza encauzándola a un fin determinado, que si es patriótico y útil, lo engrandece, y el segundo, la contraría estérilmente.

No olvidemos, señores, al recordar los pobres elementos con que Iturbide contó al proclamar el Plan de las tres garantías, tener en cuenta su escasez de recursos pecuniarios. Si el clero, como se dice por los que niegan al Libertador su gloria, hubiere sido el autor del Plan, hubiera podido proveer de inago-

tables recursos al Jefe del Sur; el clero era el gran banquero de la época: dueño de las dos tercias partes de la propiedad territorial, hubiera podido en pocas semanas reunir y entregar a Iturbide un millón de pesos; al proclamar el Plan contaba con haberes para unos cuantos días y se vió precisado a ejecutar un hecho que estuvo a punto de malograr la empresa; tuvo necesidad de apoderarse de algo más de medio millón de pesos del convoy que salía para China por Acapulco. Toda la conducta observada posteriormente hace comprender que este acto fué obra de una apremiante necesidad, que no hubiera existido si los tesoros del clero hubieran estado a su disposición. La falta de recursos y la insignificancia del mando militar que obtuvo, constituyen la prueba de que obró con sus propias fuerzas y no empujado por una conspiración poderosa, cuyas huellas no se encuentran en la historia.

El Plan de Iguala es sencillo en su forma, pero profundo en su concepción: la Religión, la Unión y la Independencia; he aquí los tres conceptos fundamentales del movimiento político. Buscó la ayuda del clero, que era la fuerza social más grande en la época; proclamó la religión católica como religión nacional, como la había proclamado Morelos en el acta constitucional de Apatzingán, como la proclamó Hidalgo en varias de sus proclamas; y al levantar como estandarte del movimiento armado la imagen de la Virgen del Tepeyac, como tenía que proclamarse en una sociedad que descansaba sobre el credo religioso en todos los actos de su vida civil. Proclamó la Independencia, que era ya una necesidad, pero que no podía realizarse sino con la

ayuda del Ejército que había vencido ya y con la simpatía de las clases sociales que a ella se habían opuesto y a los que debía tranquilizarse, garantizándoles que la Independencia no vendría a arrebatarles sus fortunas ni sus libertades. Proclamó que no privaría a nadie de sus empleos, para contar, al organizar a México como nación independiente, con los servicios de todos los que habían servido en la Administración pública y que era muy difícil substituir con ventaja para el país.

Pero la médula de su orientación política fué proclamar la unión entre mexicanos y españoles. La Independencia no se hubiera consumado jamás sin la valiente resolución de proclamar este perdón para el futuro, este olvido de la lucha sangrienta esta amnistía para todas las almas, esta comunión de todos los espíritus en la hostia blanca de la fraternidad nacional; si la Independencia de México fué un hecho en pocos meses sin ruina, sin sangre y con la conformidad de todos, fué merced a la garantía ofrecida al elemento español, de que no se le arrebataría ni la vida, ni la propiedad, ni la tranquilidad.

Que no estableció, se dice, la forma republicana en el Plan; la monarquía era aceptada como la forma natural de gobernarse estos países; ni en los documentos de los insurgentes ni más tarde en 1822, al reunirse el primer congreso nacional, nadie proclamó la República, no hubo en esta asamblea un solo republicano. Iturbide puede presentar en su defensa a los dos grandes libertadores de la América del Sur: a San Martín y a Bolívar; ninguno de los dos tuvo plena confianza en el régimen re-

publicano, y por el contrario, pensaron que la forma monárquica convenía mejor a colonias que no tenían experiencia de pueblos libres ni virtudes cívicas, ni hábitos democráticos. La Historia puede presentar en favor de esta tesis de los tres grandes libertadores de América, el ejemplo del Brasil, que salvando tranquilamente el puente entre el Coloniaje y la República, con setenta años de Imperio, llamando al trono a un monarca de Portugal, se transformó de una nación, que a principios del siglo XIX tenía escasos seis millones de habitantes, en la que hoy cuenta veintitrés millones, siendo sus dos tercios de raza blanca, con una marina formidable y un comercio de importación y exportación superior al de cualquiera otra nación latino-americana. ¿Hubiera llegado a esa prosperidad con los disturbios y disensiones intestinas que las demás han tenido que soportar y de las cuales muchas aún no salen?

El Plan de Iguala sólo pudo haber sido proclamado por un miembro del Ejército, y sólo pudo triunfar con la ayuda del mismo Ejército; y es muy curioso, que desconociendo esta verdad evidente, echemos en cara a Iturbide haber servido en el Ejército y haber hecho en él su carrera militar. Quienes así piensan, sin meditación ni estudio, han caído en el error de creer que nuestra guerra de Independencia fué al igual de la de los Estados Unidos, una guerra internacional entre España y México. Nuestra guerra de Independencia fué una guerra civil entre mexicanos, que en su mayoría componían el ejército virreynal, y mexicanos que militaban en las filas insurgentes. Sólo así puede comprenderse que durante los treinta años que siguieron al triun-

fo de la Independencia, la nación estuviera elevando a la Presidencia de la República a jefes del Ejército virreynal; Don Manuel Gómez Pedraza, Don Antonio López de Santa Anna, Don Anastasio Bustamante, Don Miguel Barragán, Don Valentín Canalizo, Don José Joaquín de Herrera y Don Mariano Arista, fueron oficiales del Ejército y combatieron a los insurgentes hasta la proclamación del Plan de Iguala; no es posible suponer que fuera una mancha en la opinión pública haber combatido en las filas del Ejército, ninguno de ellos hubiera podido ser Presidente de la República y muchos de ellos no tendrían la reputación de honorabilidad que aun conservan en nuestros recuerdos; si admitimos que la guerra de Independencia fué la primera de nuestras guerras civiles, podemos hacer justicia y explicarnos los acontecimientos con un criterio de irresistible verdad histórica. El dilema se impone; o la nación estuvo elevando a la Presidencia a hombres manchados por sus servicios en el ejército virreynal, o lo que es la verdad, el sentimiento público no consideraba una mancha haber servido en el mismo; y si no es así, no se concibe cómo hemos traído los restos del General Mariano Arista desde tierra lusitana con los más grandes honores, y negamos esos mismos honores a don Agustín de Iturbide; ambos sirvieron en el ejército virreynal, pero la diferencia entre los servicios de uno y otro es inmensa: Arista fué un patriota y un gobernante probo. Iturbide es el autor de la consumación de la Independencia, el libertador de México.

La lucha sangrienta y heroica había demostrado

que era imposible conquistar la Independencia sin el ejército, sin el clero y sin las clases acomodadas del país. Las ideas liberales aun no estaban suficientemente vigorizadas y la confusión en los espíritus era completa; cuando en el primer congreso de 1822 se puso a discusión cuál debería ser la forma de gobierno, nadie habló de la forma republicana, y el Imperio se adoptó por unanimidad cuando nadie por otra parte había pensado en la coronación de Iturbide; ésta fué proclamada varios meses después, y el respetable don Valentín Gómez Farías, que pocos años más tarde era el jefe indiscutible del partido liberal, fué quien redactó el dictamen y quien lo sostuvo en la tribuna, proponiendo se coronase Emperador de México, a don Agustín de Iturbide.

Este acto que ha sido el ataque más vigoroso contra el caudillo de Iguala, fué obra de la voluntad nacional que no podía entonces pensar en la República; los dos jefes más conspicuos y que representaban el heroísmo insurgente, el magnánimo don Nicolás Bravo y el indomable don Vicente Guerrero, escribieron cartas a Iturbide, manifestándole su completa aprobación y su entusiasmo al saber su proclamación como Emperador de México.

El Plan de Iguala proclamó la unión de españoles y mexicanos, proclamó la religión como una fuerza social y proclamó la Independencia. Estas son las tres garantías simbolizadas en los tres colores de la bandera. Hoy, señores, que estamos todos convencidos de que no sólo no podemos renegar de la civilización española, sino que es la única civilización que podemos tener, porque como alguien dijo: si no somos

herederos de la civilización española no somos herederos de nada, hay que comprender que debemos enorgullecernos de nuestro abolengo hispano; hay que sentir una gran admiración por España y por su Historia y por su pueblo, que de pie sobre las montañas de Asturias resistió siete siglos la irrupción árabe y más tarde en las ardientes aguas de Lepanto, volvió a salvar la civilización occidental. Hay que pronunciar siempre con respeto el nombre de España. La historia patria debe reconocer que nadie proclamó tan altamente la fraternidad entre mexicanos y españoles como Iturbide, que siempre sostuvo que la unión de unos y otros era indispensable para el desarrollo del país. Si Iturbide hubiera continuado en el gobierno de la nación, no se hubiera verificado la expulsión de españoles por la Ley de 1828; expulsión no sólo innecesaria, puesto que la independencia estaba ya consolidada, sino expulsión perniciosa para la República puesto que le privó de muchos capitales y de muchos hombres de trabajo, que emigraron de México obligados por la bárbara ley, expedida a impulsos de un odio injustificado. El Plan de Iguala, por el contrario, tuvo como programa ante todo la unión de españoles y mexicanos.

Vemos, pues, señores, que contra Iturbide la Historia no puede presentar otro cargo serio que el haber cambiado de modo de pensar; pero podemos decir con Víctor Hugo en una de sus más bellas frases, que el hombre político que durante cuarenta años ha pensado lo mismo, es un imbécil; y que es tan absurdo sostener los méritos del que nunca cambia de opinión, como preferir al árbol que flore-

ce al árbol seco, al agua que corre límpida al agua estancada, al ostión que no sale de su concha al águila que hiende los aires. Decir que cambió de opinión no es decir ninguna diatriba en su contra. La Iglesia Cristiana ha considerado, que el más grande de sus apóstoles, ha sido el mayor perseguidor del Cristianismo; y cuando dice apóstol, designa con esta palabra a San Pablo. Quién sabe si durante los tres años que permaneció sin mando militar Iturbide, y retirado a la vida privada, de 1817 a 1820, se haya verificado esa evolución simpática en su espíritu, arrastrándolo a luchar por la Independencia; y quien sabe si al comprender la grandeza de la causa insurgente, pensó en que su espada, siempre victoriosa, debía ponerla al servicio de esta causa, recordando que era mexicano, y que ser mexicano era el primero de sus deberes.

Hoy que nos preparamos a celebrar las fiestas de la Independencia, ¿cómo es posible celebrar la obra sin recordar al autor? ¿cómo es posible que el 27 de septiembre recordemos que somos mexicanos y que hace cien años empezamos a respirar con derecho propio el aire de nuestras montañas, sin recordar al hombre que con gran talento militar y con un instinto político admirable, realizó la evolución política encarnada en el Plan de Iguala y entregó a nuestros padres el pabellón tricolor, que nosotros debemos entregar inmaculado a nuestros hijos, como lo hemos recibido de nuestros padres? Iturbide puede esperar muchos años a que la Historia verdadera disipe las nubes de la ignorancia. Cuando luzca la verdad completa, podrá la Patria ir a despertarle en su sepulcro para llevarle a los altares

de la gratitud nacional, de donde fué derribado por las pasiones políticas y por odios torcidos, que el tiempo debe calmar y un espíritu de justicia borrar para siempre de nuestra Historia. Reconozcamos pues, que el que realizó esta obra merece estar siempre en nuestro recuerdo y asociado al pabellón de la República, porque él nos dió esta bandera que parece haber reunido el verde eterno de nuestras campiñas, el rojo de la sangre de nuestros mártires y el blanco de la nieve de nuestros volcanes; bandera incomparable que está llamada a tremolar muy alto, porque a pesar de todas las crisis políticas, a pesar de todas nuestras torpezas, no hemos de perder nunca la fe en sus altos e inmortales destinos. (Aplausos nutridos.)